

Diario mexicano

Archil Kikodze

Llegamos a Palenque. En cuanto me bajé del minibús, me golpeó una abrasadora oleada de calor y humedad. Cuando estaba comprando el boleto de entrada al monumento, alguien me abordó y me ofreció hacerme de guía por el sendero de la selva por mil doscientos pesos. «Para usted, amigo mío, un precio especial: mil pesos». No tenía ni idea de cómo era aquel sendero tropical, pero supuse que sería un camino bien señalado y pensé que no me haría falta compañía. El conductor nos dio dos horas y media y también mencionó el sendero de la selva. En esas dos horas y media teníamos que ver el monumento y recorrer aquel sendero.

Entré en el recinto vallado, momento en que se me acercó otro joven y se ofreció a hacerme de guía por el mismo sendero a cambio de seiscientos pesos. También señaló mi teleobjetivo y dijo que me mostraría los monos aulladores. Era una lotería confiar en un desconocido, pero pensé «¿por qué no?». Acepté y lo cierto es que no me he arrepentido.

Mi guía maya se llamaba Franco. En cuanto nos internamos en el tupido bosque que rodeaba las ruinas como si fuera un muro, me di cuenta de dos cosas: primero, yo solo, en ese sendero, me perdería seguro; en segundo lugar, Franco (también Francisco o Pancho) era una persona fantástica. Esto se hizo evidente ya desde los primeros pasos, por sus movimientos, por cómo distinguía los ruidos de la selva y por cómo detectaba ranas o lagartijas diminutas, del tamaño de una uña. También sabía suficiente inglés para poder comunicarnos en susurros bajo la sombra de los árboles.

Para mí, como naturalista, la hora y media que pasé con Franco se convirtió en una de las experiencias más emocionantes de mi vida. Al parecer, tan emocionante fue que cometí un grave error para un fotógrafo: no quité el conversor de la lente, lo que tuvo consecuencias desastrosas en la oscuridad del bosque de múltiples capas, por lo que la mayoría de las fotos tomadas allí carecen de nitidez y contraste. Aun así, no me preocupa. Por primera vez estaba en el

corazón de la selva perenne, en la selva auténtica, viendo y escuchando. Al principio, solo Franco advertía las aves y los reptiles: caminaba hacia adelante y me detenía levantando la mano. En un momento dado, se detuvo y señaló a una iguana con cresta, inmóvil y en silencio, entre los arbustos, a pocos metros de distancia; un gran pájaro parecido a un pavo al que no pude enfocar con mi cámara, cuya cabeza sobresalía de entre las hojas. Luego, cuando estaba a punto de cambiar de sitio para conseguir mejor perspectiva, el pájaro huyó hacia los arbustos armando un gran escándalo y se escondió. Y lo más curioso es que yo, que hacía catorce años que empecé a odiar la caza para siempre y que cambié la escopeta por la cámara, en ese momento pensé que se me acababa de escapar una pieza de comida que habría podido matar con una lanza.

Aquel entorno me estaba afectando de una manera que me devolvía allá a donde nunca he estado.

También había otras personas moviéndose por el bosque, a veces los oíamos hablando y llamándose unos a otros, pero el sendero de la selva tenía muchas bifurcaciones, y Franco me guio de tal manera que no nos cruzamos con ningún otro ser humano.

Nos detuvimos junto al arroyo balbuciente bajo los árboles. «Beba, el agua es buena», me dijo el guía. Me agaché, bebí con una mano. Estaba caliente.

Luego oímos un ruido que había oído muchas veces antes en Internet. «Es un mono aullador, ¿no?», le pregunté a Franco. «No —el maya negó con la cabeza— : es una persona imitando a un mono para atraerlo, pero el mono no responde».

Era mediodía. No era una hora propicia para la actividad de aves y animales. Por supuesto, los monos y los coloridos tucanes estaban allí, en aquel bosque, pero vivían en una capa superior a la que no alcanzaba con la vista. Allí abajo, eran pocos los lugares a donde llegaba la luz, pero las coloridas aves que traté de fotografiar siempre estaban escondidas al borde de esos lugares iluminados y nunca salían al sol; parece que así se protegían de los depredadores.

Franco me mostró unos hormigueros gigantescos, a veces contruidos directamente sobre el suelo y otras veces pegados a los árboles; árboles de hoja

perenne, la base de algunos de los cuales estaba recubierta de unas horribles espinas y, un poco más arriba, con la corteza de madera lisa. Así es como las plantas se protegen de los roedores. Vimos numerosas ruinas diseminadas por el bosque, los cimientos de una casa y un túnel. Palenque era una ciudad grande y solo su centro, las pirámides y los palacios, estaba desprovisto de bosque.

Nos sentamos a fumar un cigarrillo.

«¿Sabe que fueron los españoles quienes pusieron el nombre de Palenque a este lugar?», me dijo Franco.

Lo sabía, pero en ese momento no recordaba el antiguo nombre de Palenque, Lakam-Há (muchas aguas), y en realidad no recordaba nada excepto aquel extraordinario bosque.

Cuando salimos del bosque, descubrí que estábamos fuera del recinto monumental. Di las gracias a Franco de corazón; por supuesto, le pagué más dinero y, cuando volví a entrar en el recinto, de repente me sentí completamente exhausto. Mientras caminaba con tiento por el sendero del bosque con la cámara en la mano, apenas notaba el calor, pero ahora, de pronto, me había quedado sin fuerzas. Tomé un par de fotos de las pirámides y me senté a la sombra. Me costaba respirar. Creo que nunca en toda mi vida me había molestado tanto el calor. Tampoco podía quedarme debajo del árbol mucho rato. Tampoco podía pensar siquiera en la civilización maya, ni en la naturaleza. Abandoné las ruinas con paso tambaleante. Compré una botella de un litro de agua helada a la salida, me la bebí de un trago y conseguí revivir un poco.

Allí también había muchos puestos con souvenirs para los turistas. Unos indígenas vestidos con túnicas blancas hasta los tobillos vendían pequeños arcos y flechas con la punta de piedra. Los reconocí por la ropa, eran lacandones, mayas de la selva. Mi plan original era pasar una semana entera en Chiapas y ver la selva lacandona... Más tarde, encontré un restaurante y comí algo. No tenían cerveza, y menos mal. Bebí mucha limonada y cuando vi que una familia numerosa de nuestro grupo estaba comiendo en la mesa de al lado, no me preocupó que el minibús fuera a irse sin mí. Cuando pasaron las dos horas y media acordadas, el conductor

fue a buscarnos y nos llamó para que volviésemos al redil. Emprendimos el largo y fatigoso camino hacia San Cristóbal.

Otra vez veía los campos de maíz plantados en las tierras hurtadas a la selva tupida...

Según las leyendas mayas, los dioses extrajeron la tierra de las profundidades del agua y la poblaron de animales y plantas. Después, de esa misma tierra esculpieron criaturas parecidas a seres humanos que no fueron muy longevas y que, al poco, volvieron a ser tierra. Los dioses crearon la siguiente raza tallándola de la madera del árbol. Sin embargo, esas criaturas resultaron ser tan descerebradas que los propios dioses, decepcionados, decidieron destruirlas ellos mismos; luego crearon humanos de carne, pero resultaron ser terriblemente crueles y cometieron tantas atrocidades que los dioses enviaron un pavoroso diluvio a la tierra, una intensa lluvia que arrasó a esos seres de carne.

Y al final, a partir de la harina de maíz amasaron a los humanos de verdad, los ancestros de los mayas.

Hombres de maíz es el título de la novela más célebre del escritor guatemalteco y premio Nobel Miguel Ángel Asturias, en la que se narra, con un lenguaje singular, la vida heroica y muerte de Gaspar Ilóm, líder de la rebelión de los valientes mayas contra los invasores. En mi opinión, Asturias usa el estilo narrativo de los códices indios mesoamericanos con resultados prodigiosos. Si los libros de algún autor hacen suyo como ningún otro el manido y abrupto término de «realismo mágico», esos son los libros de Asturias. Leí esa novela hace muchos años y solo recuerdo el gran impacto que me produjo y la estructura material y la trama principal de la historia. Ahora la he sacado de la estantería, la he abierto por una página al azar y... Con su fusil en la mano, Gaspar Ilóm está sentado en el bosque, escondido, mientras el enemigo ha entrado en su pueblo. Huele a caballo mojado... y en el cielo aparecen mensajeros de peligro: conejos que saltan de una estrella a otra... El poder de Gaspar Ilóm es grande... es a la vez bailarín y guerrero, su poder son las flores; su baile, las nubes...

Quería releer todo el libro. Encontraré tiempo y lo leeré, y sé que las palabras ensartadas de esa forma tan insólita van a causarme una impresión aún mayor que cuando era joven, porque ya he visto la tierra de los hombres del maíz con mis propios ojos, e incluso, durante unas pocas horas, he aguzado el oído para escuchar los sonidos de su bosque...

En un punto de la carretera, las obras viales nos hicieron detenernos al borde de un profundo barranco. Un par de arrendajos de alas amarillas, una especie autóctona de México, volaban alrededor de un nido colgado de un árbol como si fuera un saco. Este pájaro era un viejo conocido mío. Lo había visto en Huatulco en diciembre. Tres niños pequeños y una niña salieron del barranco siguiendo a un ternero que se había perdido, cansados y sudorosos, pero al mismo tiempos satisfechos de haber encontrado su animal extraviado. También los aplaudirán en casa. Esa imagen con los niños no solo me resultaba familiar, sino también muy cercana. Casi estuve a punto de decir en voz alta la expresión «cosecha del año», que no sé por qué me había venido a la cabeza...

Algún día, cuando la ternera empiece a dar leche, ¿servirá como dote para esa niña tal vez?

Una vez, en mi pueblo natal de Karsani, nuestra vaca dio a luz un ternero en los montes de Bagineti. Como la vaca estaba preñada y la noche anterior no apareció, supusimos qué podía haber pasado. La buscamos durante todo el día. La encontré yo y llevé al ternero recién nacido a hombros, bajando por la ladera del monte, hasta casa. La madre del ternero me seguía, mugiendo. ¿Cuánto años debía de tener yo? Creo que ya estaba terminando la escuela. Recuerdo ese sentimiento de orgullo.

Entonces vi la entrada que mi abuelo escribió ese día en su diario: «Hoy Acho se ha portado como un hombre (...)».

Cada vez que parábamos por el camino y bajábamos del microbús, en todos sitios hacía un calor insoportable. Incluso en el restaurante donde habíamos parado a desayunar, antes, en el viaje de ida, en el frescor del amanecer. Nos detuvimos allí ya al caer la noche, y en ese momento las mujeres indígenas estaban

empacando sus artículos en los baúles. El día durante el que había, visto, sentido y rememorado tantas cosas sobre la tierra de aquellas mujeres, ellas lo habían pasado sentadas en el suelo, vendiendo su rudimentaria mercancía.

El motor de nuestro microbús se gripó en la entrada de San Cristóbal a las doce de la noche. Se había acabado el combustible. El conductor se disculpó y empezó a llamar a sus compañeros para que le consiguieran un bidón de gasolina. Me bajé para fumar. Había refrescado. Incluso hacía frío. Esa sí era la verdadera felicidad. Me acostaría al fresco, dormiría en la puerta abierta del balcón y al menos esa noche lograría conciliar el sueño, porque a la mañana siguiente me tocaba salir a las nueve.

No pude dormir suficiente.

Al llegar al hotel revisé el correo electrónico y descubrí que un periódico de Guadalajara quería entrevistarme en inglés, e incluso me enviaba el cuestionario con las preguntas. Tenía que responder a cada una de inmediato, pero me había dejado la computadora en la Ciudad de México. Empezaron horas de sufrimiento. En general, ya me costaba teclear mensajes cortos en la pantalla diminuta del celular, y ahora me caía una entrevista larga y encima en inglés sobre mi obra y sobre cómo empecé a escribir. Qué locura. Estuve tecleando hasta las tres de la mañana; luego me venció el sueño. Me acosté y puse el despertador para al cabo de dos horas. Me levanté a las cinco y antes de las siete ya había enviado las respuestas. Ya no tenía sentido seguir durmiendo. Empaqué mi exiguo equipaje y desayuné en el hotel a las ocho. Los dueños del pequeño hotel eran muy simpáticos, indígenas apasionados por el hinduismo. El desayuno también era muy bueno. Estuve hablando con la pareja de alemanes de la mesa contigua, me despedí de todos y me dirigí a ver el milagro de la naturaleza del cañón del Sumidero.

Esta vez tuve que viajar con europeos. Ingleses y una pareja de enamorados: una chica italiana y un chico vasco que tenía miedo a las alturas. También contábamos con un guía que era estudiante de Tuxtla Gutiérrez y que sabía inglés, pero no se molestaba demasiado en hablar.

Por la mañana, sobre San Cristóbal caía una niebla tan espesa que parecía que nunca volvería a salir el sol, pero cuando recorrimos el trayecto de una hora hasta el cañón, las nubes se habían disipado por completo. Luego perdimos altura bruscamente y cuando llegamos al embarcadero, a 400 metros sobre el nivel del mar, ya hacía mucho calor.

El cañón del Sumidero es tan antiguo como el famoso Gran Cañón de Arizona. Es más corto que su hermano del norte, pero definitivamente es uno de los lugares más impresionantes que he visto en mi vida. Mientras las paredes de roca del cañón de Arizona ofrecen unas vistas absolutamente espectaculares, partes de las laderas de Sumidero están cubiertas de bosques. En el punto más alto, la altura del cañón es de mil metros. Imagina que vas en una barca por un río y tienes un kilómetro de roca por encima de tu cabeza. Durante la temporada de lluvias, muchas cascadas bajan por esas laderas y desembocan en el río Grijalva, pero hacía siete meses que no llovía. En las laderas del cañón, el bosque estaba desnudo y solo la llanura fluvial estaba recubierta de vegetación.

Le pregunté en voz baja al guía en qué lado de la barca era mejor sentarse para fotografiar a los animales y los pájaros. Se quedó pensando y respondió que el lado derecho era mejor, y llevaba razón. La barca se llenó de gente y zarpamos.

Cuando los españoles derrotaron a los chiapanecos en la batalla en lo alto de este cañón, seiscientos indios saltaron desde lo alto de estas rocas a lo más hondo del valle, para no rendirse aún vivos al enemigo.

Quien describió Chiapas y las batallas que aquí se libraron fue Bernal Díaz, a quien he mencionado varias veces al comienzo del libro. Porque ¿dónde no guerreó este hombre, cuánta sangre derramó? Después de la conquista de México-Tenochtitlán, pasó por Oaxaca con su ejército; se enfrentó con los zapotecas, famosos por saltar de roca en roca en las montañas locales silbando; luego vino para acá, se instaló en Chiapas y sus compañeros de armas fueron asesinados durante la rebelión; a él lo hirieron disparándole una flecha en la garganta; con una espada en una mano y una daga en la otra se abrió camino hasta su nave; durante una semana se escondió de la ira del pueblo chiapaneca en el bosque de Chiapas...

En cualquier caso, ¿qué tipo de libro es su libro? Si de mí dependiese, lo haría lectura obligatoria en la escuela.

Bernal Díaz describe las ciudades de las gentes de Chamula y Chiapas, que toma por asalto. En el lugar de esas antiguas ciudades, los conquistadores construyeron otras nuevas, pero la cultura material de los indígenas, sus casas y sus templos, quedó completamente destruida.

Cuando seiscientos guerreros chiapanecos saltaron desde estos desfiladeros al valle, el río Grijalva tenía poco caudal. A finales del siglo XX, cerca del extremo del cañón, se construyó una enorme presa y una central hidroeléctrica; entonces el nivel de agua en el cañón aumentó y se hizo navegable.

Este cañón es el mejor lugar para observar aves, monos araña y cocodrilos americanos. La gente solo puede llegar hasta aquí en barco, las aves y los animales no le temen a las barcas, ya están acostumbrados; saben que no hay que temer ningún peligro de los turistas. Este lugar está protegido por la ley y la naturaleza. El trayecto dura dos horas y el capitán del barco intenta mostrar tanto cocodrilos como monos; si ves a estos dos animales, la excursión se considera un éxito. Desde el barco vi numerosas aves que me resultaron interesantes, pero a la velocidad a la que íbamos, simplemente pasamos de largo. Ojalá tuviera mucho dinero, porque así podría alquilar un barco un día entero para mí solo y luego podría irme de Sumidero con una colección de fotos única, pero tenía lo que tenía, y estoy agradecido por lo que tengo. Nos acercamos al cocodrilo americano y a los monos desde el lado derecho del barco, tomamos fotos y proseguimos nuestro camino. En realidad, era la primera vez que veía a un cocodrilo o a un mono en su hábitat natural, pero por desgracia, solo fue brevemente. Si hubiésemos parado al menos diez minutos... al menos con los monos, porque el cocodrilo, hinchado como una bota de vino, estaba inmóvil como una roca, en la orilla del agua. Los primates, que tenían extremidades desproporcionadamente grandes en comparación con sus cuerpos, se desplazaban, se alimentaban y saltaban de rama en rama. Los animales no miran a los ojos, lo sabía desde que tenía la edad de leer a Mowgli. En los parques zoológicos, siempre me parece que los monos no solo te miran directamente a los ojos sino que siempre están intentando que los mires tú

también. Los monos de Sumidero también miraban a mi objetivo con la expresión de un filósofo que está harto de la estupidez de la humanidad. Más tarde, mientras miraba las fotos, reparé en que uno de ellos llevaba un radiotransmisor en el cuello. Eso está muy bien, porque significa que alguien realmente se preocupa de ellos...

Llegamos a la presa. Nos detuvimos en la tienda flotante unos minutos y luego emprendimos la vuelta a toda máquina. Pasamos volando junto a monos araña colgados de las ramas, cocodrilos, garzas, buitres, pelícanos, cormoranes e innumerables aves más, e incluso junto a animales que no llegué a ver, y luego esta excursión también se terminó.

Luego subimos conduciendo a la meseta y vimos el cañón desde arriba. No era una simple vista...

Almorzamos en la ciudad colonial de Chiapa de Corzo, y aunque la localidad también está considerada una de las perlas turísticas de México, a mí no me gustó. No me pareció acogedora. Degusté por última vez la cocina chiapaneca: comí carne, arroz y plátanos fritos. Paseamos un poco por la ciudad. Había alguien muy borracho metido dentro del río Grijalva, gimiendo, sumergiendo la cabeza en el agua, y no había manera de que volviera a estar sobrio. Era el mismo río donde había fotografiado al cocodrilo unas horas antes. ¿Quizá no había cocodrilos por debajo del nivel de la presa?

En el centro de Chiapa de Corzo se levanta una fortificación defensiva en forma de corona. Los conquistadores solían apostar a sus guardias en esas torres, y la fuente principal de la ciudad estaba ubicada dentro de esa fortaleza. Eran los dueños del agua y controlaban las alturas... Soplaban un viento caliente que levantaba nubes de polvo. Nuestra excursión tenía que volver a San Cristóbal y yo tenía un vuelo con destino Ciudad de México por la tarde. Le pedí al guía que me consiguiera un taxi, me despedí de todos y en media hora estaba en el aeropuerto de Tuxtla Gutiérrez.

Traducción de Ana Alcaina y Giorgi Khazaradze